

Vivir con pavorreales y lupus

Teresa I. Fortoul van der Goes

“La verdad no cambia según nuestra capacidad para soportarla”.

MARY FLANNERY O’CONNOR

Mary Flannery O’Connor fue una destacada escritora estadounidense, conocida por su estilo gótico sureño y por explorar con profundidad la fe católica, la gracia y la maldad a través de personajes grotescos y situaciones violentas. Su obra, marcada por la violencia, la gracia abrupta y la búsqueda de sentido ante el absurdo, se convirtió en un testimonio de cómo su enfermedad ineludible se volvió el catalizador de su grandeza literaria. O’Connor atribuía la fuerza de sus historias a lo que llamaba “realismo cristiano”, que le permitió revelar verdades fundamentales sobre la existencia humana y la fe.

Es difícil saber en qué momento un encuentro nos marcará; para Flannery, ese momento llegó con una gallina peculiar que caminaba hacia adelante y hacia atrás. La noticia de este extraño animal se difundió rápidamente, lo que llevó a una agencia de noticias de Nueva York a enviar un fotógrafo para documentar la rareza. Poco después de la llegada del fotógrafo a Savannah, la gallina murió. A partir de este evento, Flannery se dedicó a coleccionar

aves, y lo que comenzó como un interés se convirtió en una pasión. No coleccionaba cualquier tipo de ave, sino aquellas con alguna anomalía: un ojo de un color y el otro de otro, cuellos largos o crestas torcidas; buscaba individuos muy deformes. Ella sabía coser y empezó a confeccionar trajes para sus gallinas, aunque esta vez ningún fotógrafo apareció para reportar la actividad. Su búsqueda no se detuvo en las gallinas, sino que se extendió a pavos, patos, gansos y otras aves. Un día sintió que le faltaba algo en su colección: recordó que el pavo real era el ave de elección de Hera, la esposa de Zeus, y vio que los vendían en un mercado. Después de leer y releer los anuncios de venta, decidió comprar un par¹.

Llegaron los pavorreales en una caja; los transportaron por tren desde Florida y su preocupación fue si estas aves se adaptarían a vivir en un rancho, cuando estaban acostumbradas a lucirse en otros ambientes.

Ya en casa, y para seguir las indicaciones de quien se los vendió, los encerró por una semana para después dejarlos salir durante el atardecer en el sitio en el que pasearían; después de esto, los pavorreales regresarían a dormir a ese sitio. También se le advirtió que no tendrían su enorme cola, ya que la perdían a finales del verano y la recuperaban



después de Navidad. El pavorreal que le llegó sin cola se comportaba como si tuviera una enorme, y su indiferencia ante su presencia era muy evidente, más cuando comparaba su actitud con la de las otras aves que tenía.

Su actitud no se modificó a lo largo de los años; solo se acercaba a comer de su mano cuando no le quedaba otra, pero si se presentaba sin comida, la ignoraba. Adquirió más pavorreales y el trato fue el mismo: a pesar de los años que transcurrieran juntos, el acercamiento solo se daba cuando había comida de por medio.

Su contacto temprano con las aves y su instante de fama la marcaron, y bromeaba al decir que “a partir de entonces, todo ha sido un anticlímax”, y que su amor por las aves trascendió más allá de sus interacciones con los humanos. Siempre autocriticándose, se describía como una “niña pegada a las aves”¹.

Esta autora estadounidense cumpliría 100 años este año y sigue inquietando por la crudeza de sus relatos y por incidir en esas heridas que no han cerrado en un país que sigue sin aceptar su identidad como nación multicultural: fruto de migraciones constantes, producto de múltiples razas que se entrelazan para dar forma a una población de múltiples colores.

Mary Flannery O'Connor nació el 25 de marzo de 1925 en Savannah, la ciudad más antigua del estado de Georgia. Fue hija única de Edward Francis O'Connor y Regina Cline, quienes pertenecían a una de las viejas familias sureñas de origen irlandés y católico, lo que los convertía en una minoría en un sur fuertemente protestante.

Su padre fue político y empresario local con cierto reconocimiento. Participó en la “Expedición punitiva” del general Pershing, que invadió México en busca de Pancho Villa. El padre fue una figura

muy importante para Flannery: era quien la animaba a escribir y dibujar, y le hacía pequeños libros en los que la niña escribía; incluso hizo uno con las caricaturas que Flannery realizaba de los parientes de su madre, con la que no compaginaba. Tenía una conexión especial con su padre que no requería palabras: parecía que estaban sincronizados².

En 1937, Mary se dio cuenta de un cambio en su energía y en su espíritu; notó la aparición de un *rash* en su cara, tomaba siestas que normalmente no acostumbraba y se enfermaba con frecuencia. Esta situación de salud hizo que el negocio de bienes raíces del padre se viniera abajo, y con un salario menor aceptó un trabajo en el gobierno en Atlanta. Madre e hija lo siguieron y se instalaron en una casa en Milledgeville, en Georgia. En 1940 el padre estaba tan débil que ya no podía trabajar; murió en 1941 a la edad de 45 años de lo que Mary sabría después fue lupus eritematoso. El fallecimiento de su padre la hizo enfrentarse a la realidad de la muerte. Como devota católica, pensó que todo ocurre por alguna razón y es parte del misterioso plan de Dios.

Después de la muerte de su padre, se retrajo y dedicó su entusiasmo a sus labores escolares; comenzó a escribir historias cada vez más largas que impresionaron a sus maestros por su habilidad y profundidad. Segura de su futuro como escritora, aplicó a la Universidad de Iowa, donde fue aceptada con beca completa en 1945³. Se inscribió, además, en el famoso Taller de Escritores de la universidad y decidió adoptar su *nom de plume*, Flannery O'Connor. Sus trabajos sobre personajes del Sur empezaron a llamar la atención, destacando las grotescas cualidades que se escondían bajo una superficie de elegancia. Tras finalizar su estancia en Iowa, se mudó a Connecticut, a la casa de Sally y Robert Fitzgerald, donde alquiló un espacio para trabajar sin interrupciones en su primera novela.

En el invierno de 1949 regresó a Milledgeville de visita por Navidad, pero no se sintió bien; le diagnosticaron un riñón flotante que requería cirugía. Acudió a un médico en Nueva York, ya que comenzaba a experimentar episodios agudos de intensos dolores articulares. Allí le diagnosticaron artritis reumatoide y, al regresar a casa para las fiestas decembrinas, prácticamente no podía

caminar. Poco después presentó hipertermia (fiebre alta) y un aumento en los dolores articulares, por lo que fue internada. Como parte del tratamiento, le administraron una dosis masiva de cortisona, considerada en aquel entonces un “medicamento mágico”. Esto disminuyó el dolor y la inflamación de las articulaciones, aunque sus efectos secundarios no tardaron en aparecer^{2,4}.

La autora, al sentir que la muerte estaba próxima debido a la severidad de su enfermedad, se dedicó intensamente a escribir mientras estaba internada. Durante este periodo finalizó su primera novela, *Sangre sabia* (*Wise Blood*, 1952), cuyo título se rumora que fue inspirado por las múltiples transfusiones de sangre que le administraron durante su hospitalización, como símbolo de una especie de conocimiento visceral o atávico.

El personaje principal se centra en un hombre joven y atormentado, Hazel Motes, que, tras volver de la guerra, se instala en una ciudad desconocida y cree poseer una “sangre sabia” heredada de su abuelo predicador. Pese a su profunda fe, Motes rechaza activamente a Dios y, sin guía espiritual, decide dedicarse a predicar una nueva “Iglesia sin Cristo”, donde “no hay pecado, porque no hay castigo”. La novela relata cómo este camino de negación obsesiva y absurda lo lleva finalmente a la ceguera voluntaria, a la locura y a la autodestrucción, sirviendo como una feroz sátira gótica del fanatismo religioso y la búsqueda de la gracia en la América del Sur.

Regresó a Connecticut después de un tiempo, ya sintiéndose mejor, y ahí se enteró de que no tenía artritis, sino lupus, igual que su padre. Sabía que no tenía mucho tiempo; regresó a casa con su madre, de la que ahora dependía y con quien no había tenido una buena relación. Pensó que su nueva situación le permitiría escribir. Le frustraba el curso de vida y cultura de Estados Unidos en los años cincuenta: percibía que las personas se enfocaban más en lo superficial y material, aburridas, como niños, sin propósito, alejadas de la religión y sin enfrentar su mortalidad. Esto la inspiró para escribir *El escalofrío interminable*. El encierro la limitó y se mantuvo en contacto con varios personajes que también nutrirían sus historias, incluidas sus apreciadas aves.

En este tiempo, el “mágico medicamento” que se le siguió indicando continuó deteriorando otros órganos: una debilidad extrema la invadió, requería muletas para trasladarse y no podía exponerse al sol, ya que este agravaba las lesiones en la piel por el lupus⁴.

En 1963, antes de las fiestas navideñas, se desmayó y, nuevamente en el hospital, le diagnosticaron anemia; le realizaron una transfusión y le reseccionaron un tumor benigno. Se recuperó parcialmente, pero en marzo del año siguiente el lupus volvió a atacarla. Estaba tan débil que no podía escribir, pero regresó a casa y, a pesar de sus limitaciones, continuó con su rutina de escribir, con o sin dolor. Su mayor preocupación era dejar obras sin terminar. Finalmente, murió en el hospital en agosto, a la edad de 39 años².

Flannery O'Connor asumió con estoicismo su enfermedad y la irremediable cercanía de la muerte, ya que en esa época no existía una cura efectiva para el lupus eritematoso sistémico (LES), enfermedad que, además, había sido la causa de la muerte de su padre. Este hecho resultaba particularmente infrecuente, pues estadísticamente el LES afecta a las mujeres en una proporción mucho mayor (casi nueve de cada diez casos) y suele ser más agresivo en hombres jóvenes. Flannery, por lo tanto, no solo compartió con su padre su especial y temprana conexión intelectual y espiritual, sino también la fatalidad de una misma dolencia. La profunda fe que él había depositado en su futuro como escritora se convirtió en su principal motor, impulsándola a seguir creando y escribiendo incluso en las deplorables condiciones de salud en las que se encontraba.

Este pasaje subraya la conexión profunda y trágica entre Flannery y su padre. La conciencia constante de su tiempo limitado y el hecho de ser heredera de una fatalidad paterna transformaron su escritura de una vocación a un imperativo moral y espiritual. De esta forma, la enfermedad, en lugar de paralizarla, radicalizó su compromiso creativo, haciendo de su literatura un acto de resistencia y de sentido trascendente frente a la adversidad. La coincidencia de la enfermedad (LES) actúa como un poderoso símbolo del destino y la predestinación en su vida. No solo

la inmovilizó físicamente y acortó su existencia, sino que también la radicalizó artísticamente. ●

REFERENCIAS

1. O'Connor F. Living with a Peacock. 2021 [Available from: <https://www.pbs.org/wnet/americanmasters/living-with-a-peacock-by-flannery-oconnor/17357/>].
2. Green R. Meditate on our Common mortality. The laws of human nature New York, New York.: Penguin Random House LLC.; 2018.
3. Richtman C. 5 Things you didn't know about Flannery O'Connor: University of Georgia Press; 2018 [Available from: <https://ugapress.wordpress.com/2018/03/28/5-things-you-didnt-know-about-flannery-oconnor/>].
4. Monroe WF. Bringing the script to life: The case of Flannery O'Connor. The Journal of Medical Humanities. 1994;15(2):101-11.

